

## ORAR CON LOS SALMOS

### Salmo 84 (83): El canto del peregrino

Abierto por la exclamación asombrada de un peregrino que llega ante el Templo, este canto de Sión, de una belleza conmovedora, describe la añoranza del peregrino cuando está a punto de abandonar la ciudad santa.

En efecto, el anhelo que le invade, durante la oración, pasa por tres tonos. Está el antiguo anhelo, refrescado durante el viaje, cuando se atraviesa el Valle de las Lamentaciones (un lugar diversamente identificado), se pasa de fortaleza en fortaleza y comienza a caer la primera lluvia de otoño (vv. 7-8). Está el deseo saciado ante el Templo, en la intimidad de la oración, en las salas donde fermenta la liturgia.

Está, finalmente, el deseo que renace cuando, antes de volver a casa, uno se despide y echa una última mirada a Sión. Al peregrino le parece casi espontáneo envidiar a la golondrina y al gorrión que tienen su nido bajo los aleros y las cornisas del Templo. Porque estar en Sión es como estar en el paraíso, en la alegría de la intimidad con Dios.

Los palacios de los poderosos o los santuarios paganos pueden ser fascinantes, pero el poeta ya ha hecho, sin vacilar, su elección: «Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa»

Gianfranco Ravasi

### Salmo 84 (83)

¡Qué deseables son tus moradas,  
Señor de los ejércitos!  
Mi alma se consume y anhela  
los atrios del Señor,  
mi corazón y mi carne  
retozan por el Dios vivo.

Hasta el gorrión ha encontrado una casa;  
la golondrina, un nido  
donde colocar sus polluelos:  
tus altares, Señor de los ejércitos,  
Rey mío y Dios mío.

Dichosos los que viven en tu casa,  
alabándote siempre.  
Dichosos los que encuentran en ti su fuerza  
al preparar su peregrinación:

cuando atraviesan áridos valles,  
los convierten en oasis,  
como si la lluvia temprana  
los cubriera de bendiciones;  
caminan de baluarte en baluarte  
hasta ver a Dios en Sión.

## ORAR CON LOS SALMOS

### Salmo 103 (102): Dios tierno como un padre

El «Dios es amor» de la Primera Epístola de Juan (4,8) parece casi anticipado en esta bendición que exalta, ciertamente, la justicia divina pero se abre al perdón. Encerrado en dos bendiciones, personal la primera (vv. 2-3) y coral-cósmica la última (vv. 20-23), el salmo se desarrolla a lo largo de dos movimientos.

El primero es un dulce canto de amor y perdón (vv. 4-10), un perdón que supera las rígidas leyes de la justicia (v. 10). El segundo movimiento lírico celebra la relación entre el amor divino y la fragilidad humana (vv. 11-19) y lo hace a través de cinco símiles muy eficaces: la distancia vertical entre el cielo y la tierra, la distancia horizontal entre oriente y occidente, la ternura paterna, la hierba y la flor del campo azotadas por el viento ardiente del desierto.

Sobre toda la escena se alza la bondad amorosa de Dios, expresada entre otras cosas con una sugestiva raíz hebrea que indica literalmente la «visceralidad» maternal del amor de Dios por su criatura. El hombre débil e insustancial, «corto de días y lleno de inquietud» (Job 14,1), es envuelto por el «amor del Señor que es para siempre» (v. 17).

Gianfranco Ravasi

### Salmo 103 (102)

Bendice, alma mía, al Señor,  
y no olvides sus beneficios.  
Él perdona todas tus culpas  
y cura todas tus enfermedades;  
él rescata tu vida de la fosa,  
y te colma de gracia y de ternura;  
él sacia de bienes tus días,  
y como un águila se renueva tu juventud.

El Señor es compasivo y misericordioso,  
lento a la ira y rico en clemencia.  
No está siempre acusando  
ni guarda rencor perpetuo;  
no nos trata como merecen nuestros pecados  
ni nos paga según nuestras culpas.

Como un padre siente ternura por sus hijos,  
siente el Señor ternura por los que lo temen;  
porque él conoce nuestra masa,  
se acuerda de que somos barro.

Los días del hombre duran lo que la hierba,  
florece como flor del campo,  
que el viento la roza, y ya no existe,  
su terreno no volverá a verla.

Pero la misericordia del Señor  
dura desde siempre y por siempre.